

XXII

Al día siguiente, desde por la mañana Cleopatra estaba en pié. Su batalla estaba lejos de estar ganada, y el tiempo era precioso. Más de una vez había sentido cuán frágil era su vida, pero esta vez parecía que se le había escapado de la mano, que el hilo de su existencia, sobrado ténue, no lo percibió su vista.

Otra se hubiera detenido para cobrar fuerzas. Cleopatra no era de esta especie; com-

batiría hasta que no le quedase más que un soplo.

El general se sorprendió de verla entrar en su cuarto, como de ordinario, á las diez, en el momento en que él enviaba á preguntar por ella.

—Señor, le respondió Cleopatra, cuando él le manifestó su sorpresa, yo no me he desmayado ayer sino á fuerza de pensar en lo que me ocupa actualmente; esto me fatiga y me quebranta; espero de su misericordia una solución que me dé á conocer mi suerte.

Neoutof permaneció sombrío.

Había pasado una noche muy cruel, que todos los pontingues calmantes de la farmacopea no habían podido abreviar con un poco de sueño. La terrible cuestión propuesta por su mujer era de esas cuya posibilidad jamás se vislumbra en la mente, hasta el día en que se exclama: "No podía ser de otro modo."

Aquella joven amada, ¿qué cosa, más natural? Amaba según la ley de la naturaleza, á ser probablemente jóven y hermoso como ella; ambos honrados, despreciaban un amor clandestino; lo que querían, era el derecho de fundar una familia, ó quizá simplemente el permiso de ser dichosos. Estaban dentro

de la justicia y de la verdad. Neoutof era el solo obstáculo.

Se acordó de las palabras pronunciadas por él en la conservacion que acompañó al ofrecimiento de su mano. Atormentado entonces por la gota y por la infinidad de males que acarrea, el general no creía deber vivir más que un año ó dos, méaos quizás. Lo habia dicho, y todos lo habian creido. Aun se acordaba de la sonrisa que habia acompañado, sobre la mayoría de los rostros, la fanfarronería de su noche de matrimonio. Habia convidado á sus huéspedes á sus bodas de plata.... Ciertamente, en esta época, ni él ni nadie habiese pensado que pudiese vivir aún cinco años.

Cleopatra esperaba en una actitud llena de ansiedad.

—He abusado de mi situacion, se dijo él amargamente. Se debe mantener sus palabras, cueste lo que cueste. Habia prometido á esta encantadora mujer que seria pronto viuda.... Fui indiscreto al gozar de la latitud que ella me ofrecia. No es nadie interesado hasta ese punto. Es menester saber irse ántes de que le pongan á uno en la puerta.

¡Nuestro proverbio no dice: "huésped importuno peor que un tártaro?"

Era verdad. Cleopatra le habia acostumbrado á amar la vida; ella era quien le habia remozado con la vigilancia de sus cuidados, con la diversion nueva que su ingenio y su encanto ponian en una vida poco atractiva ántes; él le habia debido, no solo la alegría de aquellos años, sino los años mismos.

—Es fastidioso, pensó Neoutof, que se vea obligada á recordarme el pago de cada plazo fijo, pero está en su derecho; soy yo quien no cumplo con mi deber.

A los ojos del general, el divorcio propuesto por la condesa era inadmisibile. Era una solucion bastarda que no arreglaba las cosas, y que además, echaba sobre uno de los esposos; sobre los dos muy probablemente, una especie de ridículo. Además, este acuerdo tenia el inconveniente muy grande á los ojos del conde, de privar á la esposa divorciada de la fortuna del marido, lo que él miraba como una expoliacion hácia la mujer que le habia hecho tan dulces aquellos últimos años de su vejez.

Del mismo modo que las almas rectas y timoratas de Ulrico y de Cleopatra habian

rechazado todo lo que no era legítimo, así el espíritu claro y positivo del general, miró de frente el solo desenlace que le permitiese devolver la libertad á su mujer.

Era la muerte, una muerte tan natural como posible, para que Cleopatra misma no pudiese concebir ninguna sospecha; Neotóf poseía y tenía al alcance de su mano bastantes drogas malhechoras para que le fuese fácil envenenarse; se resolvió, pues á morir.... ¿No habia mirado la muerte tantas veces cara á cara, que se habia vuelto para él como un acompañante de cabecera?

¡Ay! se muere fácilmente en un campo de batalla, en medio de las balas ó delante de las bayonetas; se ofrece con gusto el pecho al golpe que iba á venir á un amigo, ó solamente á su semejante; se muere heroicamente en el propio lecho, cuando se ha visto venir la muerte y se quiere recibir con buen semblante delante de los parientes, ó ante la propia conciencia..... Pero decirse: Tú cesarás de vivir mañana, porque estorbas la vida de otro.... es amargo y cruel, hasta el punto de acobardar al más bravo.

Cleopatra esperaba silenciosamente su respuesta, mientras que el general se acordaba

de sus pensamientos de la noche. Al fin fijó los ojos en ella, y le dijo:

—Pronto será usted libre, señora; tenga un poco de paciencia. Déjeme solo; tengo muchos asuntos que arreglar, antes de ocuparme en el suyo.

Ella comprendía cuanta pena, cuánta humillacion quizás, se ocultaba bajo aquel lenguaje rudo, apenas cortés, y su alma se llenó de piedad hácia el infortunado á quien hacia sufrir de aquel modo.

—¡Me encuentra usted ingratal le dijo con un pesar tan profundo en la voz que era imposible no conocerlo.

Neotóf la miró como hubiera mirado á un niño imprudente.

—No; usted sigue la ley natural; soy yo quien hago mal. Váyase, condesa, déjeme ocuparme en mis asuntos; voy tambien á ocuparme de usted.

Ella se retiró con el corazón ansioso, con la idea de que debia quedarse, que era menester decir cualquier cosa, manifestar que lo deploraba, en vez de ocultarlo por orgullo.

Apenas entró en su cuarto, se iluminó su alma, y comprendió lo que habia querido decirle su marido al afirmarle que pronto seria

ella libre. Con gesto de horror rechazó la terrible vision.

—No, no, exclamó, no quiero sangre entre los dos. ¡Oh, Dios, que me castigais tan cruelmente por alguna falta ignorada, os juro que si ese hombre muere por causa mia, jamás, jamás volveré á ver á Ulrico!

Su alma estaba en tal estado de desórden, que apenas pudo encontrar la puerta de su habitacion. Comprendiendo que no era dueña de sí misma, se detuvo en pié en medio de la vasta pieza clara y alegre, donde el sol penetraba en oleadas.

—No quiero perder la razon, dijo entre sí con firmeza. Quiero estar en posesion de toda mi lucidez para lo que voy á hacer.....

Y sin permitirse ninguna divagacion, sin dejar desviarse su pensamiento, permaneció de este modo, en pié inmóvil, todo su ser atirantado en un esfuerzo de voluntad.

Dió vueltas por su habitacion lentamente, deteniéndose en los objetos familiares, para reconocerlos, dominando su temblor nervioso, forzándose á pensar en cuestiones sin importancia, y en resolverlas con rapidez. Al cabo de un cuarto de hora se sentó para cobrar fuerzas, porque su cuerpo estaba que-

brantado, aunque su espíritu habia reconquistado toda su energía, y su juicio todo su valor.

Despues de un minuto de reposo, durante el cual tuvo conciencia de volver como de muy léjos, de lo más léjos del mundo de los vivos, el temor que la habia alterado tanto, reapareció más temeroso.

—Con tal que sea tiempo todavia, pensó mirando el reloj suspendido en la pared.....

Se sorprendió al ver que apenas habia transcurrido media hora desde el momento en que salió del cuarto del general.

—Se vive de prisa, dijo durante estos momentos de angustia. Me parecia haber gastado toda una vida desde esta mañana.

Irguió su noble estatura, repasó el desórden de sus cabellos, y despues de haberse asegurado que nada exteriormente revelaba sus emociones interiores, se volvió hácia el gabinete de su marido.

Entró sin llamar; su paso se habia vuelto tan ligero por el temor, que pudo llegar hasta donde estaba Neoutof sin que este lo notara. Estaba sentado en un sillón de respaldo bajo delante de su escritorio, y con su quermosa y grande letra antigua, escribía so-

bre papel sellado en gruesas líneas ampliamente espaciadas:

—Lego á mi mujer Cleopatra Bakhtof, la totalidad de mis bienes, muebles é inmuebles; no teniendo por herederos más que parientes colaterales lejanos, que jamás se han ocupado de mí, creo no hacerles perjuicio no ocupandome yo de ellos....."

Cleopatra posó su hermosa mano blanda sobre el hombro de su marido. Este se estremeció y la miró con ojos donde brillaban lágrimas mal enjugadas.

—Amigo mio, dijo, mi bienhechor, mi padre, siento todo el mal que le he causado....

—¿Quiere usted hablar? Ya le he dicho que queria estar solo, dijo él con impaciencia.

Pero no podia, tan cerca de su fin, privarse del encanto de la presencia de ella.

—Síntese, le dijo en voz breve.

Parecia contrariado en sus movimientos. Cleopatra temió que hubiese tomado ya el veneno. Mirándole con inquietud, se sentó á su lado, en un asiento bajo. Jamás habia experimentado por él una ternura comparable á la que le inspiraba en aquel momento.

—Usted quiere matarse, le dijo permaneciendo tranquila, merced á un esfuerzo prodigioso. y yo le declaro que si se mata, me meto á monja el mismo dia de su muerte.

—¡Desgraciada! entónces, ¿qué quiere usted de mí? exclamó Neoutof, arrojando la puma con violencia.

—Yo no sé lo que yo quiero, puesto que lo que queria le impulsaba á la muerte. Solo sé una cosa, que rehuyo su fortuna en todos los casos, y mi libertad á ese precio.

—¿La parece sencillo? dijo Neoutof volviendo los ojos á otro lado.

Una alegría extraña, sobrehumana, acababa de invadirle al pensar que ella le amaba. Sabia que esta amistad no era nada al lado del amor que experimentaba por otro, y sin embargo, el pensamiento de que ella preferia renunciar á su amor ántes que verle morir, le reconfortaba el corazón.

—¿Y si muirera de muerte natural? dijo él con cierta sonrisa.

—No lo creeré yo: respondió ella tranquilamente.

El general tomó una de las blancas manos que pendian á lo largo de los pliegues del vestido, y la besó con singular pasión.

—Cleopatra, dijo, es usted una criatura extraordinaria, y no sé en verdad lo que ha venido á hacer en este mundo porque no se parece á nadie. Quiere que yo viva y va á hacer que muera de pena.

Ella no respondió nada, pero le miró con sus hermosos ojos llenos de lágrimas.

—Sí, comprendo á maravilla. Si no me resigno á morir de pena, lenta y dulcemente, es que usted se irá sin ruido al país de los sueños, de donde ha venido.... ¿Es esto? ¿Sabe usted lo que representa este divorcio, que para usted no es más que una palabra? Pues para mí es el ridículo, primero; pero me cuidó poco de esto, porque aun me siento capaz de atravesar el pecho de quien se permitiera reír de usted ó de mí. Pero hay otra cosa, Cleopatra, hay la soledad, el abandono..... ¡Vea lo que ha hecho de mi vida! Me ha ligado á mil lazos, desanudados ó rotos ántes; me he creado todo un mundo agradable de relaciones, donde yo no sabría como vivir despues. ¿Qué cara pondría en presencia de los que vendrían aquí y al notar su falta, la vituperarian? No sabría oír su vituperio.... Soy una buena espada cuyas estocadas han hecho famosas.... Tendría en

ocho días tantos enemigos como amigos contamos ahora. Es, pues, el abandono completo, el destierro léjos del mundo, mis últimos días librados á cuidados mercenarios... ¿Por qué no me deja usted morir hoy? Le aseguro que será infinitamente más fácil y conveniente.

Pero Cleopatra se agarró con las dos manos al brazo del sillón de Neoutof, repitiendo.

—No quiero.

—¡Mujer al fin! dijo el viejo sacudiendo la cabeza, quiere la dicha y no quiere el medio para llegar á ella. Y lógica y voluntariosa.... ¿Qué quiere que le diga? Yo tampoco quiero ceder. ¿A dónde nos conduciría?

Cleopatra no respondió nada, con la cabeza baja, apoyadas en sus dos manos asidas al sillón.

Neoutof pasó su mano arrugada por los cabellos de ella rubios y casi luminosos.

—¡Niña mimada! dijo con dulce conmisericordia. No sabes esperar, necesitas al momento tu nuevo juguete.

Cleopatra levantó la cabeza.

—Le juro, le dijo, que si yo no amara con

toda mi alma, con todo mi ser, al hombre de quien quiero ser la esposa, no le hubiera infligido á usted este sufrimiento, ni me hubiera impuesto esta humillacion.

El la miró atentamente.

—Sí, una humillacion, es verdad. ¡Y para usted tan altiva... Usted que jamás se ha doblegado bajo ningun yugo!... ¡Ah! exclamó de pronto con rabiosos celos, comprendo ahora por qué es usted tan cruel: es porque él lo quiere y usted le obedece.

—Lo amo, respondió Cleopatra con los ojos brillantes, en tono de reto.

—Usted le ama; lo sé, ¡qué diantre! Usted se figura que nadie ha amado jamás tanto como usted; que sufre más que nadie ha sufrido. ¡Qué niños son ustedes! Vamos; no habeis inventado el amor. Antes que hubieseis nacido habia torturado á otros, y aún hará que se mueran millones de enamorados, cuando hayáis cesado de existir.

—Eso no impide que se sufra, dijo Cleopatra sin cambiar de actitud.

—Sufrir. ¡Valiente cosa! ¿Y yo no sufrí?

—No es lo mismo, dijo ella con orgullo.

—¿Qué sabe usted, señorita? Comete ahora una mala accion; arranca á un viejo el se-

creto de su último dolor. Yo tambien la amo. Sí, la amo, tan locamente, más locamente quizás que usted ama al mezalvillo que tiene su preferencia. El general conde Neoutof, veterano de 1812, ama á la señorita Cleopatra Bakhtof, su mujer desde hace pronto cinco años, y jamás se ha permitido dejarlo entender, ó solamente suponer, porque encontró su pasion de viejo, ultrajante para aquella de quien era objeto y á par humillante para sí propio. Ahí tiene lo que he sufrido. Era usted mi mujer y me pertenecia ante Dios y los hombres. Y luego me hablará usted de amor!

Y se encogió de hombros en un movimiento amplio, que parecia sacudir todas las tempestades de la vida.

—¡Oh! señor, le pido perdon, dijo Cleopatra ocultando su rostro entre sus manos.

Permanecieron silenciosos durante un rato, Neoutof se habia levantado y marchaba á grandes pasos por su gabinete. Se detuvo al fin delante de Cleopatra.

—He podido, dijo, dejarla ignorar que la amaba con la mas tenaz pasion de viejo, y sabe Dios si estos son diferentes á vuestros fuegos de paja; pero no podia privarme de

su compañía. Su presencia en mi casa, es la vida y la alegría; el roce de su vestido en esta habitación es la armonía; su rostro es la luz... Déjeme morir; ya vé que chocho.

—No lo permitiré, replicó Cleopatra con su dolor obstinado; si muere, me meto en un convento para toda la vida.

—Entonces vivamos como hemos vivido y no hablemos más de ello. Si el corazón atormenta; haga lo que yo; impóngale silencio y mire de frente al mundo, para que nadie imagine que se sufre.

Ella se levantó y siguió sin que él dijese una palabra por retenerla.

Durante más de una hora, Cleopatra se repitió las menores palabras de aquel extraño coloquio. Seguramente la situación era poco común y no ofrecía ninguna salida. Pero cuando es uno joven, no es posible no esperar. Sucedería algo..... ¿qué? no lo sabía; algo que ennoblecería la voluntad de su marido.

Cleopatra escribió á Ulrico:

«Nada he obtenido todavía. Paciencia y valor.»

Y desde la misma tarde, la joven esposa

volvió á sus costumbres con respecto á su marido. Delante de sus criados como delante de las personas estrañas fueron los que habían sido siempre. Solo cuando se hallaban solos dejaban de hablarse. ¿Qué se hubieran dicho ahora?

XXIII

Pasaban los días; Neoutof seguía estand sombrío, con el alma llena de aquella sed de morir que queda despues de los grandes disgustos de la vida. Se irritaba de estar condenado á vivir, vigilado de cerca por Cleopatra; ésta no quería comprender que era horriblemente desgraciado y que la muerte sería para él un beneficio.

Tenia un miedo atroz de que se matase en todo momento ella le observaba ansioso-

mente; así lo comprendía el general y se irritaba más; pero la dama no podía evitar sus temores. Per la noche, sus sueños la mostraban casi invariablemente al lado del viejo que agonizaba casi invariablemente en su sillón... Se despertaba entonces ahogando un grito de espanto y corría á prosternarse ante las sagradas imágenes para buscar la paz en la oración.

Ya no salían sino juntos, porque ella le dejaba solo lo menos posible. La dama no recibía casi á nadie, alegando lo delicado de su salud. Y en verdad parecía gravemente enferma; su hermoso rostro tomaba la expresión de sufrimiento ideal de aquellos á quienes les queda que vivir poco. Pero lo que la minaba no era solo su amor, sino la idea del sufrimiento de Ulric.

Todos los días veían á los esposos pasearse juntos en la pequeña calesa baja tirada por los *poneys*; atravesaban el parque para internarse en los bosques ó para dirigirse por el lado de Pavlov-k, según el capricho del cochero, que jamás recibía órdenes para estos paseos. Iba el general como aplastado sobre su asiento; ella pálida, enflaquecida, casi diáfana, con sus

música. Los primeros acordes despertaron la atención de Cleopatra, que hizo un ligero movimiento. Neoutof, atento á adivinar los menores deseos de su esposa, mandó detener la calesa y ambos permanecieron inmóviles, con el oído atento á los sonos que la distancia hacía más fijos y más perlados.

Era el andante de una sinfonia de Mendelssohn, que habia siempre gustado á Cleopatra; los violines lloraban su triste melodía en canto separado á los violoncelos, que parecen tener por su lado una existencia independiente y tranquila, sin preocuparse de la queja amarga de sus amigos, Cleopatra saboreaba ésta tristeza con una dulce voluptuosidad, en la tibieza de aquella hermosa noche, bajo las hojas aún frescas y nuevas, con una estrella por cima de la cabeza, aquella música tenía algo de parecido á su ternura, que se lamentaba tan dolorosamente al lado de una existencia ajena.....

Alzó los ojos maquinalmente para descansar la vista sobre la verdura tan suave, que la hora nocturna ensombrecia apenas en aquella primavera boreal, y de pronto se quedó inmóvil, trasfigurada. Ulrico la estaba mirando á algunos pasos de allí,

hermosos ojos profundos que ardian con interior llamarada.

Por momentos llegaba á persuadirse de que ya no amaba á Ulrico. Entonces se mostraba satisfecha y triunfante con la alegría amarga de los mártires. Si ya no amaba, ya no habia crimen; podia dormir en paz, Neoutof no se mataria; todo marcharia admirablemente, ella volveria á vivir impasible y bella, reina de su reino mundano.

Pero el despertar era rápido; una nada la arrojaba en la ternura dolorosa y profunda, en la espera vibrante y apasionada del amor entrevisto y no realizado, y se desesperaba tratando de arrancar su alma á aquella llama inexorable que la devoraba.

Así, vacilante, oprimida entre su terror y su amor, Cleopatra se consumía poco á poco, como un grano de incienso entre carbones encendidos. No habia vuelto á ver á Ulrico, no le habia escrito; algunas veces esperaba que hubiera partido ó que hubiera muerto; habiera preferido que hubiese muerto para que ella hubiera podido llorarle.

Una noche, cerca de las ocho, los esposos se encontraron junto al Wauxhall de Pavlovsk, en el momento en que comenzaba la

La joven sintió en su interior una conmoción intensa y faltó poco para no arrojarse en sus brazos, gritándole: «Llévame, no importa á dónde.» Pero era una mujer de mundo y conocía sus deberes por instinto, aun cuando le faltase la razón; tomó una actitud impasible, solo sus ojos hablaban.

¿Qué loca había sido figurándose que ya no amaba á aquel hombre! Pues le pertenecía por completo, absolutamente, hasta el último de sus cabellos. Por irse con él, e la hubiera dado todo lo que tenía, todo lo que era, todo en fin... hasta su buen nombre; hasta la estima de sus contemporáneos. No sabía si se hubiera dado ella propia. ¿Cómo había de saberlo si él no la había pedido?

Se miraban y todos sus dolores se cambiaban en una mirada. El le decía:

—¿Cuánto sufres! ¡qué pálida estás! ¡qué bella eres! y ¡cuánto te amo!

Ella le respondía: Te adoro y me muero teniéndote ausente; pero tengo valor y moriré peleando.

De pronto Ulrico se estremeció y volvió la cabeza, dió algunos pasos y desapareció por la avenida. Cleopatra sintió como si un témpano de hielo cayera sobre su corazón y

miró á su marido. Los había observado, ahora ella estaba segura de ello, y había sido al encontrar la mirada del viejo cuando Ulrico se volvió.

—¡Arreal dijo Neoutof al cochero.

Volvieron á casa sin haber cambiado una palabra. El té estaba servido; tomaron una taza silenciosamente y se separaron.

Aquella noche Cleopatra tuvo un sueño delicioso.

Como durante su entrevista ella había estado cerca de Ulrico, pero no podían unirse el uno al otro; un obstáculo invisible los separaba. Se miraban con tal intensidad que poco á poco sus seres parecían desligarse de los lazos terrestres; sin dejar de mirarse, aunque sin poder unirse, subieron lentamente por cima de los árboles y comenzaron á vagar, cerniéndose sobre el mundo, bastante cercanos, no obstante, para poder oír las armonías que flotaban á sus pies. El perfume de las flores, el encanto enternecido de los violines, el espectáculo de los parterres y los bosques se mezclaban con ellos; estaban como envueltos de aquellas cosas; todo lo que hay de bello y de bueno en la vida se convertía en su esencia; la embriaguez de

la mirada los penetraba de alegría, mientras que la imposibilidad de rozarse aún con la mano, les causaba un sufrimiento intenso, profundo, eterno.

Cleopatra se despertó con los ojos llenos de luz.

—¡Qué desgracia que no se pueda dormir siempre y siempre soñar así! pensó. Si la muerte fuera algo de parecida, ¡qué bueno sería morir!

Pasó todo el día medio adormida, procurando evocar las sensaciones exquisitas del sueño. Neotof la miraba con frecuencia y por largo rato; leía sobre aquel hermoso rostro demacrado la historia secreta del alma devorada por las penas. La expresión de los ojos de Ulrico se había quedado gravada en la mente del anciano y se acordaba que cuando joven también había amado á una mujer, de quien no podía esperar amor; las desesperaciones de aquel tiempo de su vida habían dejado huellas en sus recuerdos, ahora tan lejano.

—¡Se sufre mucho! decía entre sí, es la verdad. Y algunos se mueren.

Una piedad profunda se despertó en su alma á vista de aquella joven amodorrada;

por decirlo así, en su sonolencia. Se preguntó entónces con qué derecho hacia sufrir á aquella criatura exquisita, cuyo martirio era causado por una delicadeza superior á todo lo vulgar.

—Soy un miserable egoísta, dijo despues de larga meditacion. Ella ama mi vida más que la suya... ó á lo menos no quiere cargar su conciencia con un remordimiento, aunque su libertad fuera conquistada á ese precio; y yo, yo que creo amarla mil veces más que ella, la tortura, únicamente para no privarme de su presencia... No merezco el interés que se toma por mí. Pues bien, un poco de amargura, un poco de vergüenza quizás, son un trago que pronto se bebe... ¿Seré acaso cobarde ante el dolor moral? Es una cobardía como otra cualquiera... ¿La vejez me habrá achicado hasta ese extremo?

Veinte veces estuvo á punto de abrir la boca, y su boca permaneció cerrada. No podía decidirse á pronunciar la palabra que abriría el abismo eterno entre él y Cleopatra. Sabía que aquella palabra seria la señal de partida de aquella casa, de la que la joven era la vida, y el viejo cejaba ante aquella idea.

A la misma hora que la víspera, hizo disponer el coche, y como la víspera se dirigieron había el Wauxhall, de Pavlovsk; pero esta vez, por mandato del general, en el mismo sitio que el día anterior, se detuvo la pequeña calesa. La música había cambiado. Era un gran trozo sinfónico en que todas las borrascas de la pasión desencadenada rugían en los instrumentos de metal, palpitaban con las cuerdas de los contrabajos....

Los ojos muy penetrantes del general percibieron, entre el follaje de una alameda, la silueta de Ulrico, hábilmente disimulada. El joven no había podido menos que esperar; todo el día había aguardado; al anoecer, estaba él seguro de que vendría ella. Había acechado la pequeña calesa en un recodo del parque, la había seguido y ahora miraba á su querido ídolo.

En qué adivinaba la dama su presencia? por qué milagro supo dónde él estaba oculto? Neoutof sintió correr un ligero e-tremecimiento por los encajes del vestido de Cleopatra, que rozaba con sus mejillas; para no asustar á los amantes, bajó la cabeza y pareció profundamente absorto en sus pensamientos.

Se miraban con pena, se comían con los ojos llenos de embriaguez; aquellos dos seres que él condenaba al sufrimiento, eran horriblemente desgraciados, pero se amaban y esto era un goce infinito. Neoutof saboreó en toda su intensidad la amargura de los celos; vació hasta las heces la copa de la desesperación senil; la que nada espera del tiempo, porque cada día es un problema. Comprendía que en su vida había amado tan tiernamente á mujer alguna, tan profundamente como la que tenía ahora al lado, y ante su muerte inevitablemente cercana, dijo en su interior que si él se la daba al hombre que amaba ella, él sería tan grande como los mas grandes. Un solo florón había faltado á su corona de hombre rico, bravo, dichoso: el sacrificio. Sentía bajar aquella palma sobre su cabeza desde el cielo que le sonreía; y con la cabeza siempre baja, mientras que los ojos de los pobres amantes se llenaban de lágrimas, su anciano corazón latía tan generosamente, vibró de orgullo y de alegría al pensar que aún podía hacer una buena obra antes de dejar este mundo.

El huracán de armonía se había apacigua-

do, las últimas notas de la orquesta se extinguían en un murmullo insensible.

—Volvamos, dijo Neoutof.

Cleopatra lanzó un ligero suspiro y no respondió nada. ¡Qué pronto había terminado su efímera dicha!

—¡Pronto! dijo el general con impaciencia.

Los caballos trotaron rápidamente por el camino enarenado. En pocos minutos llegaron á la casa.

Neoutof bajó del carruaje con una rapidez que sorprendió á todos. Cleopatra le siguió lenta y abatida, como un sér que ha perdido todo. Iba á entrarse en su habitación.

—Nó, condesa á mi cuarto si gusta, le dijo el general.

Dió la jóven su sombrero y su abrigo á su doncella, y siguió á su marido al despacho. Neoutof cerró la puerta con sus propias manos, con una agilidad de movimientos poco ordinaria en él.

—Condesa, dijo, me ha reclamado usted un gran sacrificio; no me he creído capaz de él hasta hoy. Hoy he sondeado mi alma.... ¡Es usted libre!

Ella le miró con ojos incrédulos. ¡Era imposible! ¡No se anuncian estas cosas con ros-

tro tranquilo, casi alegre! Su marido le tomó una mano y la condujo al sitio que ella ocupaba de ordinario cerca del sillón.

—¿Ha oído usted bien? Es usted libre.... mi querida niña. He comprendido que era yo un viejo cobarde que retrocedía ante un sacrificio que no es más que una vagatela al lado del que usted aceptaba permaneciendo conmigo. Desde mañana, como usted lo ha deseado, puede pedir el divorcio contra mí. Yo tomaré las medidas necesarias para que no sufra dificultades por parte mia. Y bien, ¿no me dirá usted nada?

Cleopatra inclinó su cabeza hasta posarla sobre las manos de Neoutof, se hincó de rodillas delante, y como si estuviera orando, como se llora al borde del lecho de un moribundo, oró y lloró por el viejo.

—Séais bendito, padre mio, le dijo, mientras que sus lágrimas corrían inagotables, tan amargas como dulces; séais bendito por su bondad, que me salvó en otra época, por el tiempo dichoso que he pasado en esta casa, por su clemencia de hoy. Perdóneme, ¡oh! perdóneme, ahora y en la hora de mi muerte, el mal que le he causado y la vergüenza que le inflijo.

—No hablemos de eso, dijo Neoutof pasando su mano con caricia paternal sobre los cabellos de oro de la jóven. Usted tambien me ha dado muchos gozes, tantos que no sé cómo pagarlos. . . . Siéntese á mi lado, y hablemos.

Pero la jóven no pudo oírle, no hizo más que llorar. Su alma se derretia en torrentes de lágrimas, y no sabia si era pesar ó alegría lo que sentia tan dolorosamente desbordante. Todos sus propios esfuerzos, todas las tiernas palabras de Neoutof, no conseguian calmarla. Resolvió retirarse á su habitacion y meterse en la cama. El pensamiento de la dicha de Ulrico le parecia profano, así es que no quiso escribirle aquel dia: parecíale casi que era viuda, y que no tenia derecho á regocijarse con el hombre que amaba cuando aquél de quien habia llevado el nombre se encontraba triste y solo.

XXIV

El dia siguiente por la mañana, el general mandó llamar el más hábil legista de San Petersburgo, á fin de saber que dificultades podria encontrar su divorcio. La respuesta no fué muy satisfactoria. Sin duda el divorcio era posible; pero las condiciones en que la ley le conceda son penosas, casi igualmente, para ámbos esposos.

—No importa, dijo el general, estoy decidido á sufrir todos los fastidios imaginables